

HOMILÍA CORPUS CHRISTI (CATEDRAL BADAJOZ 2025)

Queridos hermanos y hermanas: “El Señor os dé la paz”

El Evangelio de este domingo nos presenta una jornada agotadora. Seguramente para Jesús y para los discípulos, pero también para la gente que escucha a Jesús hablar del Reino de Dios y le llevaba los enfermos para curarlos. A todo ello hay que añadir que seguramente el día había sido caluroso, como suele suceder en Palestina y la zona era desértica (Lc 9, 12). A esto se añade que eran muchos. Dice el evangelista que eran unos 5.000 hombres (cf. Lc 9, 14). En este contexto se entienden bien las preocupaciones de los discípulos: “Despide a la gente, que se vayan a las aldeas y cortijos a buscar alojamiento y comida” (Lc 9, 12). A ello se añade que los discípulos no tenían sino cinco panes y dos peces (Lc 9, 13).

Una primera consideración. La gente está cansada y hambrienta y, sin embargo siguen allí, al lado de Jesús, escuchando su palabra. Me pregunto: Hoy que celebramos la solemnidad del Corpus Christi ¿qué actitud tengo para escuchar la palabra del Señor y participar en la Eucaristía, “sacramento del Amor”, “banquete pascual en el que Cristo es nuestra comida”? (Vaticano II, SC, 47). ¿Mido los minutos para estar con el Señor? Y las preguntas se suceden: ¿De qué tengo realmente hambre? ¿Qué alimento buscamos? ¿Dónde lo buscamos? ¿En qué medida la Eucaristía sostiene nuestra vida de fe?

Los discípulos quieren solucionar el problema proponiendo que cada uno se las arregle por sí mismo. Jesús en cambio propone: “Dadle vosotros de comer” (Lc 9, 13). Jesús pide a los discípulos compartir lo que tienen. Y es poniendo en común lo poco que tienen, como Jesús obra el milagro de la multiplicación de los panes y los peces.

Queridos hermanos estamos celebrando la Presencia real de Jesús en la Eucaristía. Y los que creemos firmemente en esa “presencia real” de Jesús en las especies de pan y vino consagradas, no podemos olvidar la relación esencial que hay entre Eucaristía y caridad, solidaridad, comunión, así como no podemos olvidar que la Eucaristía es el antídoto por excelencia contra la indiferencia.

“Dadle vosotros de comer”. Jesús nos invita a formar parte de la solución ante los problemas que atraviesan nuestros hermanos. Ese “vosotros” nos afecta a todos y a cada uno de nosotros, nos afecta como personas y como Iglesia. A Jesús los problemas de la gente le afectaban tanto que llegaba a “compadecerse” de ellos (cf. Mt 20, 34; Mc 6, 4). Ante las necesidades de los demás, a Jesús le daba un vuelco el corazón. Ante tantos hermanos nuestros “encorvados” por la dureza de la vida, como seres humanos y mucho más como cristianos no podemos “mirar hacia otro lado”: Jesús nos diría: “Tuve hambre y no me disteis de comer...” (Mt 25, 42).

El Corpus Christi nos hace ver la estrecha relación que hay entre el amor a Cristo y el amor a nuestros hermanos. Amemos, veneremos y adoremos la Eucaristía. Ello nos llevará a ser “eucaristía” para los demás. Por otra parte, el Corpus Christi nos invita a pasar de la adoración, siempre necesaria, al compromiso en favor de los últimos; nos invita a compartir el pan de Vida con los que todavía no creen y el pan que sacia el hambre con aquellos que no tienen lo necesario para llevar una vida digna.

Como muchas veces denunció el papa Francisco, hoy estamos viviendo en la “globalización de la indiferencia”, fruto de un individualismo exacerbado que nos lleva a ser insensibles ante los que sufren y pasan necesidad, que lleva a la cultura del descarte. Ante ese cáncer que afecta a nuestra sociedad, se hace necesaria la globalización de la caridad, especialmente con los más pobres y necesitados, impulsándonos a vivir la comunión fraterna y del servicio de nuestros semejantes. El Corpus Christi nos invita a saber donarnos, a ser solidarios unos con otros, a no renunciar nunca a la esperanza, pues como reza el lema de este año de Caritas, donde hay personas hay esperanza”.

“Comieron todos y se saciaron y cogieron las sobras: doce cestos”. Abramos nuestros corazones a los pobres. Compartamos con ellos lo mucho o poco que tengamos, pues allí donde nos enriquecemos mutuamente con lo poco que tenemos, experimentaremos la verdadera riqueza, tendremos más de lo que nos atreveríamos a desear. Abramos nuestros corazones a Cristo que se hace pobre en los pobres. Y recordemos siempre que “hay más alegría en dar que en recibir” (Hch 20, 35), dice el Señor, y recordemos también que “es dando como se recibe” (San Francisco) y que “al atardecer de la vida seremos examinados del amor” (San Juan de la Cruz).

Queridos hermanos y hermanas: Ayudemos a los más necesitados, pues es a Cristo mismo a quien ayudaremos: “Tuve hambre y me disteis de comer...” (Mt 25, 31ss). Y así seremos profetas de esperanza como nos pide este año Jubilar.

María, madre de los pobres, enséñanos a compartir. Fiat, fiat, amen, amen.